

□ Tiempo de lectura: 7 min.

Sr. Pietro Giuseppe ENRIA, sdb, (20.06.1841-21.06.1898) enfermero de Don Bosco

Las memorias del coadjutor Pietro Enria constituyen una fuente de gran relevancia para el conocimiento de las últimas décadas de la vida de don Bosco. Huérfano a causa del cólera, fue acogido en el Oratorio en 1854 junto a un hermano y allí permaneció toda su vida, desempeñando los más diversos servicios prácticos y organizativos. Dotado de una gran disponibilidad, se convirtió en uno de los principales colaboradores internos y, sobre todo, en el enfermero de confianza de don Bosco durante las graves enfermedades de los años setenta y ochenta, dejando minuciosos relatos de estas. Asistió al Santo también en su última enfermedad y testificó sobre su santidad en el proceso de beatificación. Murió en 1898, tras un largo sufrimiento, dejando preciosas memorias autobiográficas.

Porque quien lo conocía lo amaba.

Las memorias autobiográficas del coadjutor Pietro Enria, bastante extensas y distribuidas en cinco cuadernos, son las segundas en importancia después de las de Viglietti como fuente para varios períodos de la vida de don Bosco, en particular para sus últimos días. El relato comienza evocando las circunstancias en las que, en 1854, don Bosco lo acogió a él y a su hermano Giovanni en la *Casa anexa* al Oratorio, tras quedar huérfanos por la epidemia de cólera. Concluye con la narración de los últimos días y la santa muerte de don Bosco, tal como el devoto enfermero los vivió y los recordaba. Esta última sección se titula «1887. La última enfermedad de don Bosco».

Apuntes biográficos

Como él mismo cuenta, Pietro Giuseppe Enria (1841-1898) nació en San Benigno

Canavese (Turín). Tenía poco más de siete años cuando su madre murió y su padre se volvió a casar. En 1852 la familia emigró a Turín y prosperó durante un tiempo, hasta que fue golpeada primero por la malaria y luego, en 1854, por el cólera, que dejó huérfanos a Pietro y a sus hermanos. Fueron acogidos en el orfanato provisional abierto por las Conferencias de San Vicente de Paúl para los huérfanos del cólera. Allí conoció a don Bosco. Enria cuenta de manera conmovedora cómo don Bosco lo sacó a él y a uno de sus hermanos del orfanato y los llevó al Oratorio, donde permaneció toda su vida. El Santo primero lo colocó como aprendiz en una herrería de la ciudad; luego, en cuanto se crearon los talleres internos, el joven Enria trabajó «en casa».

Finalmente, fue empleado en el almacén gestionado por el coadjutor Giuseppe Rossi y se convirtió en uno de los principales organizadores de las actividades del Oratorio. Instrumentista en la banda, director de escena, cocinero, pintor, etc., Enria era continuamente solicitado por sus habilidades prácticas.

Pero aún más significativa resulta la asistencia que prestó a don Bosco con motivo de las graves enfermedades que lo aquejaron en los años setenta y ochenta. Cuando en 1871 enfermó en Varazze, don Bosco solicitó expresamente la ayuda de Enria, quien lo asistió durante los dos meses de enfermedad. En las numerosas cartas escritas al coadjutor Giuseppe Buzzetti y a otros, así como en sus propias memorias, Enria describe día a día los síntomas y las condiciones de su paciente. Sus relatos permiten a los médicos de hoy formular un diagnóstico preciso de las patologías que afligieron a don Bosco.

En abril de 1878, el Santo enfermó mientras se alojaba en Sampierdarena, en el instituto donde residía Enria, quien una vez más lo asistió durante dos o tres semanas. En otoño, Enria formó parte del grupo que fundó la escuela salesiana «Manfredini» de Este (Padua) y fue allí donde hizo su profesión religiosa y se convirtió de jure en lo que siempre había sido de facto: el salesiano coadjutor Enria.

Pero el servicio más devoto a don Bosco lo prestó durante su enfermedad final, y a este período está dedicada la última sección de las memorias que escribió.

La muerte del padre pareció anticipar el declive del propio hijo. En un apéndice a sus memorias, cuenta que en 1890 se le encomendó la tarea de asistir al clérigo salesiano Augusto Czartoryski, que se encontraba en Lugano (Suiza), enfermo de tuberculosis. Enria se sintió extremadamente deprimido y fue afectado por una enfermedad en la columna vertebral. Perdió casi de inmediato el uso de la mano

derecha. El personal del hotel lo acostó. Fue entonces cuando invocó a don Bosco y finalmente se sintió mejor. Sin embargo, para entonces ya era un hombre enfermo. Murió en 1898 a causa de una enfermedad cerebroespinal, entre grandes sufrimientos físicos y psíquicos. No obstante, durante este período rindió a su amado maestro el último servicio: testificó en el proceso para su beatificación y, a petición de don Giovanni Battista Lemoyne, escribió sus propias memorias.

Sus testimonios están contenidos en el manuscrito del proceso ordinario, copia pública, en los folios 982-1043.

«Conocí a Don Bosco en septiembre de 1854 en el convento de los Dominicos, donde se recogía a los niños que habían quedado huérfanos a causa del cólera que asolaba (en Turín y en Italia). Allí un día vino Don Bosco a visitarnos (éramos un centenar) acompañado por el director del Orfanato. Yo nunca lo había visto, tenía un aire risueño y lleno de bondad que se hacía querer incluso antes de hablarle. Sonrió a todos, y luego preguntaba el nombre y el apellido, si sabíamos el catecismo... Finalmente pasó cerca de mí y sentí que el corazón me latía no por temor, sino por el afecto que sentía hacia él. Me preguntó el nombre y el apellido y luego me dijo: “¿Quieres venir conmigo? Seremos siempre buenos amigos hasta que podamos ir al Paraíso. ¿Estás contento?”.

Y yo respondí: “Oh, sí, señor”.

Luego añadió: “¿Y este que está contigo es tu hermano?”.

“Sí, señor”, respondí. “Pues bien, vendrá también él”.

La gravísima enfermedad de Varazze

(6 de diciembre de 1871. Mientras se encuentra en la estación de Varazze, Don Bosco cae al suelo desmayado. Los presentes lo llevan a la casa salesiana dirigida por don Francesia. La enfermedad resulta ser gravísima. Don Rua envía desde Valdocco para asistirlo a Pietro Enria. Transcribo su testimonio jurado sobre este suceso).

Yo partí de inmediato, dispuesto a dar mi vida con tal de que Don Bosco recuperara la salud. Don Bosco estaba agradecido por el más mínimo servicio que le hacía, y me lo agradecía de todo corazón. Algunas veces, teniendo que hacerle servicios un poco repugnantes, me decía: “Mira, Enria, a qué estado he llegado. ¡Haz esto por amor de Dios!”.

Y yo le respondía: “¿Pero qué dice, señor Don Bosco? No es nada lo que yo hago para corresponderle por lo que ha hecho por mí y por mis compañeros. ¡Eh! Usted ha hecho por nosotros servicios mucho más humildes. Nos ha lavado, peinado, ha cosido nuestra ropa, ha hecho por nosotros lo que solo nuestras madres podían hacer, y aún más que ellas. ¿Y no quiere que le haga estos servicios? ¡Cuántos de mis compañeros se considerarían afortunados si pudieran estar en mi lugar!”.

Recibía de Turín cartas llenas de ternura filial. (Giuseppe) Buzzetti, mi compañero, me decía: “Mira, Enria, nuestro padre está en tus manos, ¡ay de ti si no lo asistes bien, tendrás que rendir cuentas a Dios! Dile que nosotros rezamos de todo corazón al Señor y a María Auxiliadora para que pronto vuelva entre nosotros con salud”.

Mientras tanto, la enfermedad empeoraba y la fiebre aumentaba cada vez más. La erupción de miliaria (ampollas en la piel) era abundantísima y le causaba mucho tormento. Pero él nunca se quejaba. Sus preocupaciones eran siempre por nosotros, que temíamos perderlo, y nos decía con gran fe: “Dios provee a las aves del cielo, por lo tanto, también pensará en los pobres hijos del Oratorio”.

Entretanto, desde Turín querían noticias, y yo no podía darlas buenas porque la enfermedad seguía siendo grave. Muchos jóvenes del Oratorio, como supe después, habían ido a la iglesia al altar de María Auxiliadora y habían ofrecido a Dios su vida por la conservación de Don Bosco. Al oír leer estas y otras cartas, Don Bosco lloró de consuelo y dijo: “¡Pobres jóvenes, cuánto aman a este pobre Don Bosco!”, y me encargó que les diera las gracias.

Don Bosco quiso confesarse con el párroco, y don Francesia (*director de la casa salesiana*) le llevó el Santísimo Viático al día siguiente. Don Bosco pasó aquel día en acción de gracias.

Al día siguiente, la enfermedad se calmó un poco. No se quejaba, y a quien le decía: “¡Cuánto debe de sufrir!”, respondía riendo: “Yo soy un perezoso y estoy disfrutando de esta cama, y quienes sufren son los que tienen que asistirme”.

Un muchacho que lloraba

La enfermedad siguió su curso. Don Bosco tuvo que permanecer en cama más de dos meses sin moverse. Tenía la piel de la espalda rota en varios lugares, y mudó toda la piel. Y sin embargo, no emitió una queja y decía siempre estar en manos de Dios, dispuesto a hacer su voluntad.

Mientras estaba gravemente enfermo, oyó a un muchacho llorar. No pudo resistirse y me dijo enseguida: “Haz el favor, Enria, ve a ver qué le pasa a ese muchacho”. Corrí, y supe que era un jovencito que lloraba porque se había marchado su madre, que había venido a visitarlo. El corazón de Don Bosco no podía soportar que sus jóvenes sufrieran.

Disfrutaba cuando alguien le hablaba de los primeros años del Oratorio. Yo a menudo, mientras estaba enfermo, le hablaba de ello: “¿Se acuerda, Don Bosco, cuando su madre lo regañaba porque aceptaba siempre a nuevos muchachos? Ella le decía: ‘Tú siempre aceptas más, pero ¿cómo se hace para mantenerlos, para vestirlos? En casa no hay nada, ¡y empieza a hacer frío!’”. A mí me tocó dormir varias noches sobre unas pocas hojas con nada más que una pequeña manta encima. Y por la noche, cuando nosotros estábamos en la cama, usted, Don Bosco, y su madre nos remendabais los pantalones y la chaqueta gastada, porque solo teníamos una”. Don Bosco sonreía al oír esto, y decía: “¡Cuánto ha trabajado mi buena mamá!... ¡santa mujer!... ¡Pero la Providencia nunca nos ha faltado!”.

El día en que Don Bosco se levantó de la cama, telegrafíé a Turín a mi amigo Buzzetti, y se hizo una gran fiesta en el Oratorio, y tocó la banda de música.